

Joaquín Peña Gutiérrez

El carnero. Sobre la composición y otras relaciones

Amable lector, quite el dedo del lugar donde lo había detenido y devuelva su destino al ojo.

*Me prestaron tu libro sobre Carriego.
Ahí hablaste todo el tiempo de malevos;
decime, Borges, vos, ¿qué podés saber de malevos?
Me miró con una suerte de santo horror.
- Me he documentado -le contesté.
No me dejó seguir y me dijo:
Documentado es la palabra.
A mí los documentos no me hacen falta;
yo conozco a esa gente.*

Jorge Luis Borges

Presentación.-

Sin duda, a cualquier memorista, apasionado, criollo neogranadino, deseoso, calmado, formado, escéptico creyente o al contrario, intelectual cuasimoderno, honesto, informado que desee contar la historia de un reino vivida durante cien años, se le presentan diversos problemas. Selección de episodios y personajes; ordenamiento y composición; niveles de lenguaje; perspectiva de sus ojos frente a los acontecimientos; ubicación frente a los contemporáneos, a los antecesores y a la tradición; modalidades de género; naturaleza del registro; formas de materializar la síntesis ante la decisión de contarlo **todo**; esto, natural, si quiere que su trabajo se deje leer; que ojalá tenga alguna repercusión; y si, cosa de ser prácticos, quiere terminarlo algún día. Aún en aquellos tiempos el tiempo apremiaba. Don Juan, que debía sentir la lápida en la espalda y, además, parecía creer en el poder del rito, y lo construía, ubicado en 1636, sólo contaba con dos para historiar lo sucedido, público y privado, en cien años, que se le cumplirían en 1638. Nada de azares ni coincidencias.

Algunos de estos problemas y otros los resolvió el autor de *El Carnero* al tomar como centro de la memoria la capital del reino, -aunque fue virreinato, llamémosle así pues fue reino de un rey llamado don Juan, El Único- su administración y los administradores¹, y casos de personas, principales o no, que tuvieron repercusión en aquellos tiempos y que fueron juzgados por la ley. Asesinatos y robos; varias, muy comunes desavenencias entre los miembros del poder civil y entre estos y el clero; y, otra vez, algún permanente robo que para el caso se llama cohecho pues sus autores eran gentes de la administración colonial. El autor toma y sigue la vida de los personajes desde cuando se asoman a episodios significativos en lo político, social, administrativo, religioso, económico hasta cuando el hecho explota, anda en bocas y es procesado; así, hecho público, entra, según don Juan, a formar parte de la vida del naciente Nuevo Reino de Granada y aun de otros tiempos como los que ahora corren, ya como metáfora o espejo del futuro que fundan. Todavía desliza otro aspecto: la suerte que algunos personajes corrieron después de sus correrías en este Reino. Unos mueren aquí, en Santa Fe de Bogotá del Nuevo Reino de Granada; otros en España; uno más en Lima; degollados, ahorcados, a espada; otros de dolencias naturales y extrañas; y otros más, con juicios que pesaban sobre sus hombros y váyase a saber si conciencias, casi siempre cuando llegaban a Cartagena rumbo al juicio y a que, con seguridad, les cortaran la cabeza en Castilla, allí encontraban cartas, capitulaciones, bulas, nombramientos para cargos de rango superior al que tenían y para virreinos de mayor valía. Méjico o Lima. O iban a España, "cargados de limosnas", y regresaban más prebendados que antes. O se quedaban allá en gozo de la América que *habían hecho*.²

Nuevamente la pregunta, qué inventa don Juan, cómo, para contar la historia de su patria y entregársela, a ella misma, como regalo de cumpleaños. Extrañísimo esto de "mi patria" dicho por un criollo para referirse a América o alguna parte de ella, cuando por lo menos hasta 1700 el criollo fue español vergonzante, hasta 1750, más o menos neutro, y sólo después de mediados de la segunda década del siglo XVIII, decididamente americano y americanista. Ya se perfila don Juan como un fundador, solitario.³

¹ La aparente repetición trata de evidenciar el vínculo inseparable entre administración, -concepto, abstracción, permanente-, y administradores, -concretos, particulares, transitorios y distintos-, como a veces se pretenden ver.

Se dice que el ejemplo aclara y fija. Colóquese uno para ilustrar lo dicho hasta aquí acerca de la composición del libro. Pero en pequeño. Tómese un capítulo, el XVIII, y mírese como totalidad con el objeto de descifrar su diversa y muy firme arquitectura. Aunque, téngase en cuenta, la mirada no desea estacionarse en plano académico, disciplinar y ordenado; desea alcanzar dimensiones culturales, humanísticas y ontológicas pues su responsable es de los que todavía se preguntan un poco aturridos no sólo sobre la materia de que están hechos los sueños; también, por la materia de que está hecha la vida.

El capítulo XVIII.-

De las 21 secuencias temáticas que adoptan indistinta pero casi simétricamente intercaladas las formas narrativa y expositiva de este capítulo XVIII, ocho están copadas por la mujer (4, 6, 7, 8, 12, 13, 14 y 16). Altísima cuota no para la mujer sino para la mujer en aquellos tiempos.

La bondad de la mujer dejó para el resto de la vida del Nuevo Reino, el ejercicio del poder en aquel tiempo y algunos otros lances, un número cabalístico de secuencias: 13. Una de ellas, la 15, de apenas un renglón -“Y con estos casos y otros semejantes me despido.” (287).⁴- se la apropia el autor para varios efectos aunque sólo manifieste uno: que se despide. Mentiras. Maña. Subterfugio. Táctica del buen narrador para despertar al lector si es que anda dormido. También, para trazar un puente de familiaridad con el lector quien a estas alturas sabe bien que un amigo es quien le habla.

Obsérvese ese “me despido”. No sólo una primera persona; también, una primera persona que elige. No deja de contar historia pero lo hace con los métodos de la historia y con los métodos de la literatura narrativa, incipientes ambos en aquel momento en el tránsito de la herencia medieval hacia la modernidad. Más que una despedida, se trata de una apelación al lector; de una metida al pecho del lector; o, al menos, de quedar pegadito a él. También se trata de un ligero respiro para el autor pues todavía le faltan cinco secuencias para copar los sucesos pertinentes ocurridos durante el gobierno de Francisco de Sandi.

Enumeración detallada que no con perjuicio el lector puede saltarse.-

Se anunció atrás que el capítulo se iba a abrir con bisturí. Las operaciones son dispendiosas pero suelen ser saludables. Venga o siga, entonces, el detalle. Ya que aquí se trata de mostrar la composición del texto, se mencionan las 21 secuencias, incluidas las llenas con cosas de mujeres que, aunque fueron tocadas en la sección de la presencia literaria en *El Carnero*, allá, su mención tuvo propósito distinto.⁵

1. Una página larguita; dos párrafos casi iguales; ni más ni menos 29 renglones en la caja tipográfica del libro editado en Ediciones Nacionales Círculo de Lectores, en Bogotá. (Ver nota 4).

Cuenta que vino el presidente Francisco de Sandi, reemplazo del doctor Antonio González; “entró en esta ciudad a 28 de agosto del año 1597.” (272). Esta secuencia trata también acerca de cuatro cosas más.

Sandi encuentra dos oidores, licenciados Diego Gómez de Mena y Luis Enríquez quienes “fomentaron sus cosas y sus rigores, porque eran de un humor.” (273). Lo que hay que leer, como mínimo, es que estos licenciados oidores, acomodados como estaban en sus puestos, en el poder en este Nuevo Reino de Granada, se sintieron desacomodados por el carácter y acción autocráticos de Sandi, o, en todo caso, contrario a sus conveniencias, y entraron en conflicto con el nuevo presidente.

La segunda cosa es que el presidente Sandi venía a este Reino de ser presidente de la Real Audiencia de Guatemala. Lo que hay que leer, como mínimo, es que viene de una presidencia de rango de menor importancia a otra de mayor importancia váyase a saber si como premio a su aspereza o a qué tipo de truhanerías como las que actuó acá, pues, según informa el final de esta secuencia, “su gobierno fue penoso y de mucho enfado.” (273).

La tercera cosa es que trajo consigo a un hermano suyo, franciscano, fray Martín de Sandi, que más valiera se hubiera quedado donde estaba no se sabe porqué pero se insinúa que era y fue, al menos acá, una joyita muy bien tallada.

La cuarta cosa está ligada a la visita que le hicieron, de recibimiento, “algunos de los más principales.” Del evento se saca que el presidente no permitía acercamientos a su esposa y que era “juez áspero y mal acondicionado”. Es interesante resaltar una referencia hecha al comenzar el párrafo: “y como en esta ciudad en aquella sazón había gente satírica, que no sé si hay ahora, fuéronle a visitar algunos de los más principales,” (272). Quizá hay que leer, como mínimo, que el presidente, informado de la mala pero sana costumbre ya que era el último y único tubo por donde podían

² *Hacer las Américas. Voy, vamos a hacer las Américas.* Lo decían, dicen toreros, cantantes y semejantes españoles cuando venían y vienen a Latinoamérica. Recoger, acá, unos buenos reales. ¡Vamos! Y volverse; sin casi sudarla.

³ Mi patria. La expresión aparece en las palabras Al lector: Una corriente de estudio de estas materias entre historicista y hermenéutica que, además, delega cierto entusiasmo a la consideración de una identidad continental o nacional temprana, la lee como igual a Nuevo Reino de Granada. En sano juicio, la interpretación de la expresión, aquí, bien puede ser equivalente a España. Pronto, don Juan despeja dudas; su patria es la de acá.

⁴ Utilizamos la edición del Círculo de Lectores, Bogotá, con introducción de Rafael Humberto Moreno – Durán, 382 páginas; el Círculo tenía la costumbre inexplicable de no datar sus publicaciones. La presentación de la edición firmada por Moreno – Durán está fechada en Barcelona, 1975.

⁵ Se hace referencia a un inciso del texto nuestro -J.P.G.- *Desconcierto y contento en El carnero*, publicado en *Graffía*, No. 6. Se presentó como charla en el Centro Cultural Gabriel García Márquez el 31 de julio de 2008.

respirar las malquerencias y enfrentamientos entre parroquianos de esta capital incluidas personas de “las más principales”, de empapelar en la noche algunas puertas con pasquines para que los vieran los ojos del amanecer; estaba ya precavido y con medidas tomadas.

Repárese en las citas. El suceso, sin duda, es histórico, es historia, acaecimiento, verdad; sin embargo, el procedimiento, se pregunta, ¿es el de un historiador o el de un escritor de literatura narrativa? Agréguese lo siguiente: la secuencia es narrativa con acotaciones reflexivas. Se precisa, aún, una distinción: se presentan narraciones de dos naturalezas. Una comprimida; se menciona el hecho pero no se pone en escena. En la otra, el acontecimiento se pone en escena y el lector lo lee – ve en su desarrollo minucioso.

2. Media página; un párrafo; 18 renglones para una *consideración* teórica acerca de la naturaleza y las 12 condiciones del buen juez, según Marco Aurelio. Rodríguez Freyle, con seguridad, no había cursado un diplomado de metodología de la investigación pero había estudiado retórica; por lo tanto, lógica de la argumentación. Incluye, así, de manera en apariencia aislada esta secuencia que, ni menos ni más, actúa como marco teórico para observar la manera como el poder actuaba acá. ¿Es incorrecto afirmar que, en lugar de estar ante el historiador y el literato, se está ante la presencia de un ensayista cuando el fundador del ensayo en la modernidad –Michel de Montaigne, 1533 – 1592-, que se sepa, todavía no hacía su aparición por estos lados?

Mírese no más cómo encadena con la secuencia siguiente, la

3. Media página; párrafo y medio; 29 renglones: “Veremos agora si topan algunas de estas doce condiciones con los jueces de este gobierno.” (273-4). Esta secuencia es uno de los relatos comprimidos del que bien, al ponerle carne y desarrollo, saldría cuento o novela; y si actores, guión, cámaras y demás, película entretenida y reveladora.

El oidor Luis Enríquez manda, por encargo del Real Acuerdo, construir “la puente de San Agustín.” Recoge mano de obra, indios, de Ubaque,

Chipaque, Une, Cueca, Usme y Tunjuelo que, parece, tenía vida suficiente para llamarse así, *Tunjuelo*; no se había demeritado tanto como para pasar a *Tunjuelito*. “Unes y cuencas” quedaban en la encomienda de don Alonso Gutiérrez de Pimentel quien se contrarió ante la sustracción de sus trabajadores encomendados y “dejóse decir no sé qué libertades contra el oidor que de la misma manera que él las dijo de esa misma manera se las contaron.” (273). El encomendero es enjuiciado –“cometiéronle causa”, dice el texto-; como quien dice, lo empapelaron. ¿Quiénes? Las autoridades. ¿Quién? El oidor. ¿Quién? Enríquez. Apunta el autor: “¡Válgame Dios! Parte y juez... no lo entiendo.” En fin que “con los primeros testigos le mandó prender y secuestrar los bienes y finalmente le hizo una causa tan fea, que con ella le ahorcaron.” (274). “(...) un hombre que había sido muchas veces en esta ciudad alcalde ordinario y alférez real! Más valiera que hubiera nacido mudo, o que no fuera encomendero.” Al respecto, se pueden pensar muchas cosas, y se piensan, pero se escribe una. Quién escribe conforme lo acaba de hacer don Juan: un autor historiador; o un escritor de literatura. Como que más lo escribe la persona que tiene la materia del creador literario; también, al que no más de un siglo hasta hace unos días, se le llamó intelectual.

4. A mitad de párrafo separado del tema anterior en donde deja a Gutiérrez de Pimentel con lengua y vida afuera apenas con un punto y coma (;), hace su aparición fulgurante la mujer; muy a su estilo seductor. Asoma su seducción un tantico y desaparece. Dos renglones que no hay porqué escatimarlos o dejar de transcribirlos aquí: “Y Dios nos libre que una mujer pretenda venganza de su agravio: ojo a Thamar y al desdichado Amón.” (274) “Ojo a Thamar!” Qué clase de historiador es este de formas narrativas tan modernas que ni el muy moderno don Quijote se daba esas licencias.

5. Menos de medio párrafo; ocho renglones ocupan esta secuencia. Tiene motivo claro y preciso. Damián de Silva está preso en la cárcel de Corte por “ciertos negocios.” Le notifican un auto. “ (...) dijo contra los jueces mil cosas malsonantes, que como él las dijo se hizo relación en el Real Acuerdo.” (274). Resultado, 200 azotes. “ (...) y antes que saliesen del Acuerdo anduvo la procesión.” Ni forma de armar razón para decir que en el Nuevo Reino de Granada la ley cojeaba o llegaba tarde. Sin duda, no es el procedimiento expresivo de un historiador aunque, qué se le quita, está historiando el comportamiento de una persona cotidiana y corriente en la sociedad pero también el funcionamiento del poder central. Repárese con cuidado en la manera como don Juan compone en grueso y en filigrana su texto tan particular. Es lástima verdadera que la prontitud en la aplicación de la ley expresada en la metáfora, se halla perdido entre el tiempo de entonces acá; o entre la burocracia y los intereses de los administradores y los dueños.

6. Tres páginas larguitas; ocho párrafos diligentes. Extensa *exposición* – reaparece el ensayista- de la injerencia de la mujer en el mandar. El primer párrafo de los ocho –siete renglones- hace el nexa con el discurso que trae sobre el poder y el mandar y se pasa muy cómodo y satisfecho a ver el mandar y el poder con la participación de la mujer. Se incluye cita para probar el sabor de la composición. “Otras muchas justicias se hicieron en estos tiempos, unas justificadas, otras no tanto, porque si entran de por medio mujeres, Dios nos libre.” (274).

7. Ni tercio de página. Un párrafo. Diez renglones. Muy llamativa secuencia, en apariencia, de trámite. Luego de la extensa “distracción” con las damas, introduce una historia comprimida. Como si en realidad se hubiera distraído y se acordara, vuelve al orden y dice:“(…) pero llámame el presidente...” (277) y unos oidores mancebos a quienes “en las puertas de las casas reales les ponían los papeles de sus cosas” y quienes, entre sí aun “en los estrados reales, se echaban chanzonetas y coplas”⁶ sobre sus actuaciones privadas. Como quien dice, Baumant, Sennet y otros pensadores contemporáneos de las ciencias sociales del presente llegaron tarde al cumpleaños. Lo público y lo privado desde entonces y desde antes ya habían perdido sus límites en estos fríos y calientes, calientísimos, reinos.“(…) pero llámame el presidente...” La pregunta es elemental pero fuerte. ¡Qué clase de cronista es éste!

8. Renglón y medio. Vuelve la mujer: Aparece su cabecita y la desaparece. Maestra que es. “La mujer es arma del diablo, cabeza de pecado y destrucción del paraíso.” (278). Sin comentario. Hay un punto seguido y continúa la siguiente secuencia, muy rica.

9. Tres páginas larguitas. Nueve párrafos considerado el antepenúltimo que incluye diálogo. Este es otro de los cuentos, no relatos, prácticamente terminado; listo para que se defienda solo. Mírese la forma como cuenta este historiador: “Sucedió que le vino al convento de Santo Domingo un visitador.” (278-9).

Si se suma, se resta y se aclaran cuentas, un visitador era dispuesto por mano del rey para que viniera por acá a enderezar algún torcido especial. Aunque don Juan, muy cauto o sensato y como quien sabe el mico en qué palo trepa, deja al lector sin saber qué hicieron los santos dominicos para merecer; ellos solos, visita de visitador. Pero, si se trata de un cuento, es decir, de literatura, ya se sabe que es arena movediza o resplandor del desierto; el oasis a donde hay que llegar está en otro lado.

Ni más ni menos que dramático y cómico enfrentamiento entre poderes; el de la nobleza y el religioso cristiano católico. Dramático porque los pobres clérigos, en literal, andan por los montes; un provisor; el del arzobispo, nada menos, es apresado; momentos antes el provisor con un oidor; de amplísimo séquito

acompañados los dos, como en la mejor escena de *Pandillas en Nueva York*, están a punto de casarse a muerte parapetado cada bando a lado y lado “de la puente de San Agustín.” (Tan joven este puente y ya está a punto de ser escenario de más muertes como si ya no cargara con una. Recuérdese la de Alonso Gutiérrez de Pimentel). La situación es bien dramática; el arzobispo mismo es emplazado en las escaleras del Real Acuerdo.

Lo de cómico viene de acuerdo con el concepto que el crítico canadiense Northon Frye trae en su libro *Crítica literaria* para calificar las obras literarias no sólo dramáticas sino también narrativas en trágicas y cómicas según la acción conduzca a los personajes a un final fatal o dichoso. El calificativo no tiene, pues, que ver con risa, chiste o chacota. No. Nada de risas que la cosa es seria. Cuestión de conceptos precisos.

“Con esto subió el arzobispo (Bartolomé Lobo Guerrero, ninguna pera, santo varón, ex-inquisidor en Méjico) a tomar asiento. Al punto mandó la Audiencia despejar la sala, salieron todos, y cerraron las puertas. Lo que allá pasó no lo pudimos saber.” Hasta el sol escaso de hoy. Resultado, ¿farsa, componenda, acuerdo? Acuerdo. Comicidad. Cómica la cosa; comedia, pues la cosa terminó a satisfacción de todos. El provisor fue devuelto por el mismo oidor Terrones que lo había detenido; el visitador “tuvo buen negocio” y “los frailes retirados volvieron a su convento.” “(…) con lo cual se acabó todo aquel alboroto sin que se tratase más de él.” Hasta el escaso sol de hoy.

Qué comedia que funda y tiembla el carácter de lo que habría de ser esto; y es. Hasta el sol de hoy; escaso. A esa Bogotá de techos de paja le funda su cultura de vida aquella zarzuela española; esa comedia católica. Hasta el sol de hoy. Escaso. Por estos días de comienzo del siglo XXI, ¿alguno de ustedes ha escuchado al arzobispo, no en las escaleras de la casa de Nariño sino desde su sillón en la casa consistorial “opinar” acerca de las cosas del César? Han, por casualidad, de boca del César escuchado la frase “Si Dios quiere vamos a conseguir esa platica...”

10. Dos párrafos. Ni media página. 16 renglones. Secuencia de trámite; *narrativa* comprimida. Se

⁶ ¿Este no es el germen, entre nosotros, de una de las obras gabianas más particulares, *La mala hora*, que olvidamos mencionar en un texto anterior? (Ver nota 5, subtítulo Caja de Pandora).

va "el señor arzobispo" por traslado a Lima. Sale el 8 de enero de 1609. Allí permanece hasta el único enero de 1622. "Téngale Nuestro Señor en su Santa gloria, que él me desposó de su mano, há más de treinta y siete años, con la mujer que hoy me vive." (281). La secuencia anuncia al sucesor en el arzobispado; el agustino fray Juan de Castro.

11. Un cuartico de página. Párrafo. Siete renglones. Se asoma, otra vez, la mujer; así; en relámpago. "(...) no puedo dejar de tener barajas con la hermosura," (282). Y desaparece pero un instante, mientras el autor da razones morales por las que escribe casos como el de la siguiente secuencia en donde la mujer no se asoma. Es y está plena.

12. 1. Empieza secuencia –no continua– del *cuento* de doña Luisa Tafur, "moza gallarda y hermosa", esposa de Francisco Vela, hermana de Francisco Tafur, "mozo de pensamientos desordenados e incorregible", vecina de la entonces llamada ciudad de Mariquita, que "trataba sus amores con un caballero llamado don Diego de Fuenmayor, hombre rico y hacendado." Aquí empieza la historia discontinua referida ya en otro lugar. (Ver nota 5).

13. Casi tercio de página. Ni un párrafo. 13 renglones. Ya que "siempre la hermosura fue causa de muchas desgracias," (282) el autor hace al respecto su *reflexión* que pasa por Dina hija de Jacob, por Elena, más conocida, y termina con San Agustín: "Nunca hallé en mí (sic.) más virtudes que cuando me aparté de las ocasiones." (283).

12. 2. Página larga. Tres párrafos diligentes; de desarrollo. 49 renglones. Continúa la historia de doña Luisa. Aquí se afirma que "Francisco Vela traía algunas sospechas de los amores de su mujer." (283). Aumenta la tensión narrativa. Etc.

14. Media página. Dos párrafos. 27 renglones. Sigue la mujer; no doña Luisa, pero mediante la modalidad de texto *reflexivo*. "¡Ah mujeres, armas del diablo! Las malas digo, que las buenas, que hay muchas, no toca mi pluma si no es para alabarlas; pues si dan en crueles, Dios nos libre, que por venganza echan todo el resto, sin que reparen en honra ni vida". (284). El ejemplo que menciona Para ilustrar la ambición de la mujer, qué mejor

puede ser. Por supuesto que no menciona a Lear en aprietos por una hija, sino a Tarquino, rey de Roma, quien es muerto por su hija Tulia para quedarse el reino. Mírese esta manera de escribir un historiador cronista, si no está estacionado en el campo de la literatura, que a los narradores de canon les tocó esperar a Joyce para ejecutar estas magias. "Páreceme que carros de fuego pasarán sobre ella horas y momentos, y que tú, cargado de tus penas y tormentos, eres el carretero." (285).

12. 3. Dos páginas largas. Cuatro párrafos tamañudos con diálogos incluidos. "El don Francisco Tafur, cargado de promesas del don Diego de Fuenmayor, buscaba la ocasión de matar al cuñado, de donde resultan reconciliados y amigos", los cuñados, aunque el marido resulte matado, y sus asesinos, Francisco, separados cuerpo y cabeza, y su ayudante, el maestro de armas Alonso Núñez, ahorcado (no se sabe de dónde porque el árbol de justicia ya lo habían cortado).

La modalidad de escritura es la propia de un cuento con todos los aspectos del canon así Harold Bloom se demorara todavía cuatro siglos en establecerlo. Sin embargo, parece que aquí no hay, como en el resto del libro, invenciones del autor como algunos han afirmado a no ser la composición literaria de los acontecimientos reales. No se olvide, el autor tomó algunos caso referidos, de *autos*, de casos juzgados. Los diálogos mismos, no se saben si son creados por don Juan o transcritos de los autos o del Libro del Real Acuerdo. Esta investigación, que se sepa, no se ha realizado.

15. Renglón larguito; apenas esto: "Y con estos casos y otros semejantes me despido." (287). (El comentario ya se hizo). Mentirillas. Don Juan, no se despide. Todavía se demora. Aún le faltan, a la altura, cinco secuencias; seis páginas. Bastante.

16. Un párrafo. Seis y medio renglones. Vuelve la mujer en forma de *reflexión*, ahora vinculada a la llamada lujuria, ese apetito "que hace a los hombres bestias", dice don Juan. Nosotros preguntamos qué hará de la mujer.

12. 4. Párrafo de tres renglones y piquito. Se termina el cuento de doña Luisa Tafur: "(...) después se salió del convento sin que se supiese cuál camino tomase ni qué fue de ella." (288).

17. Tres párrafos perezosos; diez renglones más uno de puntos suspensivos. Estos no provienen de la voluntad del autor: Él, que domina la retórica, sabe que lo enunciado exige cumplimiento pero le han sustraído la materia de su escritura y no lo puede remediar. El autor va a darle desarrollo al caso de fray Martín, hermano del presidente. De acuerdo con lo planteado en el comienzo, ha llegado el momento de decir porqué le hubiera valido mejor quedarse en Guatemala. Y empieza con voluntad

y decisión pero encuentra que le han desaparecido del Libro del Real Acuerdo las hojas correspondientes. ¿Quién? ¡Ah. No se sabe! Quién lo va a saber. Menos el presidente, pues lo más seguro es que lo ocurrido, ocurrió a sus espaldas. El hecho es que las hojas no están y, al menos para nosotros, Fray Martín resultó limpio y, porqué no, santo; como limpio salió, quedó y quedará el presidente que en 1990 se sentó en la misma silla de don Francisco de Sandi, cuando alguien quiso hurgar en los papeles del Congreso de la República que testimoniaban el recorrido de su campaña electoral, bajo la sospecha acusatoria de estar quemado por dineros calientes. ¿Qué se encontró? El hueco. Y a un presidente limpio. Qué se dice. Limpio, no. De limpio pasó a transparente. Desde entonces la transparencia se puso de moda por estos lados hasta hoy y quién sabe hasta cuando. En la presente semana, un señor llegó de Roma; ni más faltaba, cómo creen, cubierto de transparencia, aunque sobre él pesen *autos* por maniobras en la reelección fraudulenta del actual presidente. Lo dijo nada más bajarse del avión. Lo que se hereda no se roba. Y menos si tiene una consolidación de cuatro siglos desde su fundación. Eso ya no es acción, copia o simulación. Es una cultura.

Vayan los hermanitos Sandi. Joyitas tan bien talladas.

El tercer párrafo, raquíptico por sustracción física de materia, dice así: "(Hasta aquí paró este cuento de este religioso por faltarle al libro una hoja que le repelieron. Quizás importaría el quitarla... y prosigue la historia así)" (Sic.) (288).

18. Dos páginas bien sustanciosas. No sólo al convento le llegaba visitador exclusivo. También le llegó al presidente para que no se diga que su Majestad desatendía estas soledades.

El licenciado Salierna de Mariaca emplaza al presidente por embolsillarse "cinco mil pesos de buen oro mal llevados." (288). Se desenrolla y enrolla tremendo alboroto, cómico si no es porque antes lo resolvió la señora muerte que se lleva todo lo bueno –y malo– que en nosotros topa, se dice para recordar a Beremundo el Lelo. Mariaca muere el 13 de septiembre de 1602, pero deja un augurio en la vida. En menos de nueve días ha de morir Sandi para que diriman sus verdades en el trono celestial, directamente con Dios. Sucede algo muy extraño. Antes de los nueve días, el 22 de septiembre del mismo mes y año, a la eternidad lo sigue Sandi en medio del llanto de su esposa, doña Ana de Mesa, que antes ya se había quedado sin visitas y, ahora, además, sin marido, cuando ya no era ninguna Luisa Tafur.

El día de la muerte de Sandi se desgajó del cielo "la gran tormenta de rayos, truenos, relámpagos y agua que hubo en esta ciudad, que parecía que se hundía." (291). Hasta el momento, que se sepa no se ha reparado en la revelación secreta que hace esta mención:

relacionar la muerte de Sandi, acontecimiento humano, con la tormenta atroz, acontecimiento de la naturaleza como si se tratara de un episodio de santería. "Este desgraciado caso, que yo tengo por muy desgraciado, pasó en esta ciudad;" (291).

Esta secuencia, ni más ni menos, es un *cuento* aunque, ahí está para que un valiente lo haga novela. Además, no sólo confirma la fundación del expediente del cohecho en manos de los administradores públicos en estos páramos de la tierra. También, ¿no ayuda en la fundación del Realismo mágico junto con lo Real maravilloso para el mundo de la literatura?

19. Párrafo de ocho renglones y medio. De trámite. Empieza muy seguro, "Volviendo a mi tema digo,". Cuál tema. A estas alturas cuál es el tema. Hoy se diría, el poder; político; y el mandar en lo público; la administración pública.

¿Qué hacen aquí, si el tema es el poder político, las reflexiones acerca de las mujeres y el cuento redondito de doña Luisa Tafur? Primero, la injerencia de la mujer en el poder; su particular manera de acceder a él y ejercerlo; y, segundo, que al fin de cuentas, ¿en este mundo tan nuevo en las crisis de los crecimientos, después de todo, la mano del monarca cumplía su función ordenadora.⁷ Y, sobre todo, que don Juan cumple con el propósito enunciado en las palabras Al lector: contar la vida del Nuevo Reino de Granada durante sus primeros cien años; con lo que tenía y había sido y era. No halló otros mejores para hacerlo.

20. Casi página. Tres párrafos. Otro relato, de los comprimidos. Ejemplifica "la condición cruel que tenía" el doctor Francisco de Sandi. El presidente "tenía pensado quitar tres cabezas de esta ciudad." (292). Y las quita aunque no a su manera sino a la manera de Dios o del destino. Diego Hidalgo de Montemayor muere por enfermedad. Con ésta va una cabeza quitada de la ciudad.

Juan de Arteaga va en mula a Tunjuelo y escoge pasar "(...) por la puente de San Agustín" como si no supiera ya que a ese puente le gustaban los muertos o los vivos para volverlos muertos y, preciso, la mula se le desboca y vino a estrellarse contra "(...) una puerta de cal y canto de las

⁷ La idea de *El Camero* como manifestación de un mundo en crisis que busca el ordenamiento y el orden se encuentra en la tesis doctoral de Ivette N. Hernández-Torres *El contrabando de lo secreto: la escritura de la historia en El camero de Juan Rodríguez Freyle*. 1998.

tiendas de Luis López Ortiz." (292). "(...) dentro de tercero o cuarto día lo enterraron." Así, va la segunda cabeza quitada a esta ciudad.

Diego de Ospina, preso en la cárcel de Corte, sale jueves santo a "andar las estaciones," junto con otros presos y "el alcaide de la cárcel que llevaba ya su limosna," (292) "y nunca más volvieron." Y con la de Ospina queda quitada la tercera cabeza de esta ciudad, sin que Sandi moviera nada. O váyase a saber qué movió desde el otro lado pero el libro presenta la quitada de las tres cabezas sin su participación evidente.

21. Casi una página. Un párrafo de introducción y dos de desarrollo. 29 renglones. Secuencia **informativa** acerca de "los oidores que concurrieron en estas dos presidencias y lo que fue de ellos," (292). Se refiere el autor a las presidencias de Antonio González y Francisco de Sandi. Nueve oidores en total. De ellos se da noticia que dos murieron aquí; tres fueron promovidos, uno fue como fiscal de la Audiencia de Charcas y otro como presidente de la Real Audiencia de San Francisco de Quito; un tercero fue con el mismo cargo de oidor de Méjico después de serlo acá durante 21 años. (1601 – 1622). Los dos que más "fomentaron el rigor" (293) del presidente Sandi fueron "residenciados", enviados a España y, conforme lo dice una expresión nacida seguramente por estos lados, se cayeron para arriba. Diego Gómez de Mena, fue como oidor de Méjico; y Luis Enríquez, el de "la puente de San Agustín", fue como alcalde de Corte de Lima. No se menciona el destino de los otros dos. Seguramente a la muerte de Sandi continuaban en sus cargos en el Nuevo Reino de Granada.

En esta secuencia se menciona un cargo conocido, visitador general, para una jurisdicción y organización desconocida, partido de Santa Fe, un licenciado Miguel de Ibarra que, se informa, "dio el resguardo a los indios," (293). Es quien va luego como presidente de la Real Audiencia de San Francisco de Quito. Y, con el tiempo, no se sabe si se convierte en ascendiente del legendario presidente ecuatoriano del siglo XX.

Otra de las fundaciones que hace España a estas extensiones tan lejanas de las cristianas manos del Rey es, entonces, la bautizada por la fuerza de la

evidencia, la recurrencia del caso y el ingenio de la gente, caerse para arriba. Si se repasa la secuencia informativa se tiene que dos funcionarios, de manera natural son promovidos a la otra vida; tres, parece que por la rotación natural impuesta por la burocracia vimeinal son trasladados de lugar y promovidos de cargos; de dos no se sabe; y los dos finales resultan caídos de p'arriba.

Se dice que el mundo cambia. Y, sí. Cambia de una manera atroz; sobre todo en estos tiempos, dice el observador de todo tiempo en cada tiempo. Ahora corresponde decirlo a nosotros. Pero, igual, el tiempo no cambia; también permanece de una manera atroz. En un lejano país, lejano de las bienaventuranzas del cielo, un señor vinculado al partido en el poder; entre otras, mata a un alcalde del partido de oposición y no es llamado a juicio ni es condenado; menos va a la cárcel. Es enviado a Chile con cargo oficial. Dos empleados del gobierno hacen la gestión de compra de votos necesarios para aprobar la reelección del presidente que los tiene en los cargos y no van a la cárcel; uno fue a un ministerio, donde está, y el otro fue a Roma, donde está, no a orar arrepentido sino como embajador; y, caso máximo, el presidente que fue reelegido con participación de votos fraudulentos, apronta, de manera "transparente", su segunda reelección.

Conforme dijo don Juan, y **con esto volvemos a nuestro tema** que a estas alturas puede parecer diluido, pero no. Recuérdese por un momento el punto de partida.

Qué modalidad múltiple y única de escritura se inventó el autor de *El Carnero* para escribir la historia de los primeros cien años del Nuevo Reino de Granada. La forma realizada y descubierta, ni más ni menos, es la descrita para el capítulo XVIII, incluídas las interpolaciones, reflexiones, desvíos aparentes y aparentes distracciones del autor.

Resumen.-

Doce secuencias son narrativas; nueve, expositivas. De las narrativas solamente las 9 – 10, 15 – 12.4 – 17 – 18, y 20 – 21 son continuas. Las demás están mediadas por una expositiva. Se puede graficar así, Secuencias narrativas (S. N.), secuencias expositivas (S. E.):

S. N. 1 3 5 7 9 10 12.1 12.2 12.3 15 12.4 17 18 20 21

S. E. 2 4 6 8 11 13 14 16 19

¿Este prodigioso equilibrio le resultaría a Don Juan por fuerza de la intuición? Los temas, igual, están repartidos con sospechoso equilibrio entre aspectos de historia antigua, consideraciones sobre la mujer, casos de poder político, administrativo y económico, y casos de gente corriente. Menciónese, además

y nada más, el rasgo fundamental de sus colores: la ironía; esa horrible y magnífica condición que tienen ciertos hombres y acaso pueblos de autorreconocerse como si ellos mismos fueran su mejor enemigo. Eso, lo dicho y mucho más, ya no lo hace ni un historiador historiador ni un escritor de literatura narrativa. Eso lo hace don Juan. De acuerdo. El Único. Obra única.

Esta primera entrada en *El Carnero* tiene, tal se ve, carácter de estudio textual.

Conforme se acaba de ver, la composición del texto rebasa lo formal pues si bien existen formas, la forma también es el contenido. Imagínense, para el caso, la forma de composición del capítulo XVIII de *El Carnero*, las 21 secuencias narrativas, expositivas y conectoras que lo constituyen con omisión del significado y la perspectiva, sólo por ver qué queda o resulta.

Pero la cosa no para ahí. Cada una de las secuencias, inseparable de las otras aparentemente tan disímiles, anárquicas o, sin más, desordenadas y como en desconcerto, además de configurar la arquitectura de un capítulo —el XVIII— y con las otras secuencias y capítulos, de un libro, —*El carnero*— es decir; además de ser idéntico a este texto tan extraño que es *El carnero*, componen y estructuran la cultura de lo que hoy se conoce como la nación colombiana.

No se olvide que llegados los seres llamados humanos al estadio de la civilización, no son los hombres ni las mujeres quienes fundan las naciones; son los libros. La obra homérica a Grecia; el Cid a España; El cantar de las huestes de Ígor a Rusia, Martín Fierro a la Argentina; en fin. No se sabe por qué William Ospina le dio tantas vueltas al asunto para atinar donde no era. Eso sí dejó de sustentación de su propuesta fallida un libro casi deslumbrante del todo desde su título: *Auroras de sangre*. Cuando no había que dar ni una vuelta. El libro fundador de la nacionalidad colombiana, qué se le hace, es *El carnero*. ¿O es que se esperaba que el fundador de nosotros, ese libro que finalmente hemos escogido para que sea nuestro fundador; tenía que ser, como los otros, bizarro, clemente y constructivo?

Se vuelve al tema, al lugar donde se había fijado el dedo, como dice don Juan a cada rato.

De capítulo a capítulo existen las variaciones normales de extensión, personajes, la mudanza del tiempo y número de las secuencias. Lo demás no cambia. Permanecen lugares, temas, la manera de presentar la realidad que oscila entre la aparente objetividad del cronista historiador; la presencia del autor y la aparente subjetividad del narrador literario; el espíritu de un intelectual católico; la revelación de la existencia y paso de humanos.

Cada uno de los anteriores enunciados da y obliga a un desarrollo considerable. Sin embargo, permítase hacer referencia a uno de ellos: “el espíritu de un intelectual católico”. Al respecto dígame lo siguiente: uno, don Juan bien puede ser considerado el primer intelectual del nuevo mundo, con el sentido que la modernidad otorga al término; es decir, como conciencia vigilante, crítica, reveladora de los aspectos nocivos de una sociedad y perjudiciales a un proyecto humano. Dos, está por estudiarse, a ver si para el próximo simposio⁸ ya se ha avanzado en ello, ¿en qué medida don Juan, además de ser español en términos de sus imaginarios culturales políticos, sociales y religiosos, no se ubica o puede con derecho ser ubicado como actor de la mejor tradición cronística española que se nutre de Salustio y Tito Livio, se acrecienta con Alfonso X y llega hasta Fernando del Pulgar y Galíndez de Carvajal, cronistas de los Reyes católicos, sobre el siglo XV, y que responde a una historiografía didáctica?⁹ (Esta idea también se deja así, casi como una zancadilla. Su desarrollo corresponde a lo que Ivette N. Hernández-Torres llama contextos de producción y entorno histórico-espacial. Como quien dice, ñapa pues el propósito inicial cobijaba nada más, a “los componentes textuales”).



⁸ Un compendio del presente trabajo fue presentado en el Seminario internacional sobre *El Carnero*, Uniandes, julio 15 –17 – 2009.

⁹ El concepto lo enuncia y desarrolla J.A. Folgesquit en el capítulo primero de su libro *Amadis y el género de la historia fingida*.

Final.-

De un libro así resultan inacabables digresiones. Si no resultara ninguna, mejor dejar el polvo quieto.

Con las fundaciones mencionadas y otras y sus perfeccionamientos durante cuatro siglos cómo es que seguimos vivos. Como que los metafísicos tienen razón. La vida es un misterio; participa de un misterio indescifrable para cada comunidad; para cada hombre.

Ahora se me cruza una secuencia, el segundo cuento, literario, de *El Carnero*. Aquél en donde participa Juana García. Funda al Realismo mágico y Lo real maravilloso con su alta cuota de quebrantamiento de la lógica de la realidad visible y la alta revelación de la naturaleza de lo que éramos y somos en este ya no tan nuevo mundo. Juana, negra ella, le hizo un trabajo a una

granadina que en ausencia larga de su marido comerciante se holgó, embarazó y tuvo hijo mientras su marido itineraba por tierra firme, Caribe y España, ida y vuelta. Es procesada. Normal. Qué querían. Mujer; bruja y negra. La cosa iba para chamuscada segura. Pero Juana le había hecho trabajos, parece que exitosos, como ahora se dice, hasta al mismo Adelantado y muy católico, apostólico y romano don Gonzalo Jiménez de Quesada. Miren lo que sucedió. Pues a Juana "los principales" no la colgada de la brocha como a cualquier Yidis de ahora y de todos los tiempos.

Sí; finalmente, parece que con el tiempo los tiempos sí han cambiado.

Lector llave, coloque su dedo aquí, mientras.

Y dejemos que el tiempo, el mismo tiempo, haga su obra con este extraño monumento. No lo roe ni derrumba. Lo yergue más arriba y lo ensancha.

G